

1
CONCEPTOS Y METÁFORAS EN LA POLÍTICA
MODERNA. ALGUNAS PROPUESTAS PARA UNA NUEVA
HISTORIA POLÍTICO-INTELLECTUAL*

JAVIER FERNÁNDEZ SEBASTIÁN

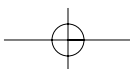
Mi pretensión en las páginas que siguen se limita a aportar algunas reflexiones y sugerir algunas propuestas para una historia política e intelectual más comprensiva, en el doble sentido de más abarcadora (es decir, atenta a un abanico más amplio de realidades), y también de más próxima a la visión que los actores del pasado tenían de las cosas.

No trataré ni mucho menos de ofrecer una alternativa en toda regla a la (nueva) historia política y a la (nueva) historia intelectual tal como vienen practicándose desde hace dos o tres décadas. Simplemente señalaré algunos de sus déficits e insuficiencias, así como algunas vías posibles para mejorar esos puntos débiles y avanzar en una perspectiva más integradora. Tal vez de ese modo una historiografía más ambiciosa pueda ir llenando poco a poco esas lagunas. Dicho brevemente, lo esencial de mi propuesta consiste en afirmar que los historiadores del mundo moderno y contemporáneo deberían prestar mucha más atención a algunos componentes fundamentales de lo político, como son los conceptos, metáforas, símbolos y mitos.

Sobre emociones, «ídolos» y mitos políticos

Teniendo en cuenta que en diversas publicaciones recientes he abogado en favor de una historia conceptual, en esta ocasión pasaré rápidamente sobre ese tema para insistir sobre todo en la importancia de las metáforas y en la dimensión emocional de lo político. Pues, si bien es cierto que algunos de los ingredientes

* Este trabajo se inscribe en el Grupo Consolidado de Investigación en Historia intelectual de la política (IT-384-07), financiado por el Departamento de Educación, Universidades e Investigación del Gobierno Vasco.



mencionados vienen ya recibiendo cierta atención historiográfica (como lo muestran varias ponencias presentadas en este coloquio), todos ellos constituyen una parte sustancial del universo de significados que daban sentido a la acción de los agentes del pasado, y por tanto merecerían ocupar una posición mucho más relevante en el programa de trabajo de los historiadores.

En rigor no se trata de un tema nuevo. Desde hace mucho tiempo –en realidad, desde los orígenes de la modernidad– algunos políticos y publicistas avisados comprendieron la trascendencia de estos factores, e incluso la necesidad de tomarlos en cuenta a la hora de analizar las sociedades del pasado. Por mencionar sólo a algunos autores españoles del siglo XIX, recordaré que, un siglo antes de que Georges Sorel enfatizase el papel del mito en política (sobre todo en la política revolucionaria), Antonio de Capmany observaba que «los hombres necesitan siempre un ídolo, al cual sacrifiquen su reposo, sus bienes y hasta su propia sangre», sugiriendo que, si «en otro tiempo la religión hacía obrar prodigios», en la coyuntura de 1808 la nación debía ocupar ese lugar simbólico¹. Medio siglo más tarde, Alcalá Galiano sostenía que «si los *mythos* [*sic*] merecen ser desechados en la historia de los sucesos y en el juicio de los caracteres de las personas famosas, son acreedores, por otra parte, a ser atendidos y respetados en la historia de las ideas. Al tratar de las pasadas edades, no basta saber lo que en ellas se hacía, sino que es forzoso conocer lo que en ellas se pensaba»².

Galiano hubiera podido añadir que el estudioso del pasado necesita conocer no sólo lo que entonces «se pensaba», sino también «lo que se sentía», pues, como se ha podido entrever por la cita de Capmany, en la primavera y el verano de 1808 la *nación* era bas-

¹ *Centinela contra franceses* [1808], edic. de Françoise Étienvre, Londres, Tamesis Book, 1988, pp. 116-117. En 1791, uno de los nuevos jueces federales de la Unión norteamericana había dicho, casi con las mismas palabras, que «el hombre necesita un ídolo. Y nuestro ídolo político ha de ser la Constitución y las leyes» (cit. Willi Paul Adams, comp., *Los Estados Unidos de América*, Madrid, Siglo XXI, 1979, p. 46).

² «De los *mythos*», *La América*, 24-VI-1862, recogido ahora en *Textos y discursos políticos* de Antonio Alcalá Galiano, edic. de Raquel Sánchez García, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003, p. 198. A propósito del príncipe Fernando en vísperas de la invasión napoleónica, por ejemplo, observa Galiano que «era no sólo un *mytho*, sino varios, figurándose gentes de diversas y contrarias opiniones en su persona imaginada todas las prendas que en un monarca futuro deseaban» (*Recuerdos de un anciano*, en *Obras escogidas*, BAE LXXXIII, Madrid, Atlas, 1955, I, p. 23).

tante más que una idea: estaba también empezando a ser –sobre todo al fundirse con *patria* y con *pueblo*– un sentimiento a flor de piel. Y la verdadera dimensión social del concepto no se entendería si no tenemos en cuenta esa enorme carga emocional. De hecho, desde el principio del levantamiento contra los franceses las invocaciones a la patria en peligro, frecuentemente asociadas a una metáfora eléctrica o ígnea –el fuego del patriotismo que arde en el pecho de los buenos españoles, el «entusiasmo público encendido», el alzamiento patriótico que se difunde con la velocidad del rayo, como una «chispa eléctrica», etc.–, llenaron las alocuciones de los insurrectos (la metáfora termodinámica de la ebullición y de la efervescencia política llegaría algunos meses más tarde, al comenzar en Cádiz los primeros debates en Cortes y las primeras medidas revolucionarias).

La energía mítica y pasional de ciertas palabras-talismán deja ver que la separación estricta entre *mito* y *logos* constituye a su vez un mito intelectualista –o, si se quiere, una superstición racionalista– que no resiste una crítica rigurosa. Así como parece poco sensato suponer que existe una brecha infranqueable entre el mundo lingüístico y «la realidad», tampoco resulta aceptable una rígida disociación entre el plano lógico-racional de la política y el plano sentimental e intuitivo, que se corresponde muchas veces con aquellos grandes marcos de comprensión y acción que solemos asociar al mito³.

Y es que, aunque la mentalidad logocéntrica imperante en nuestra civilización occidental –unida a esa arrogancia un tanto ingenua de quienes se creen absolutamente modernos– nos haga pensar otra cosa, los conceptos políticos no son entidades puramente racionales y abstractas. Por el contrario, la psicología y la neuro-

³ El modo en que se enredan las raíces etimológicas de un puñado de términos referentes a este campo es un buen indicio de ese enmarañamiento entre lo imaginativo y lo racional. Sabemos que la raíz griega de *mito* nos remite sencillamente al mundo del relato, de lo dicho y de lo contado. *Hablar* viene del latín *fabulor* (charlar, contar) y tiene la misma raíz que *fábula*, de tal manera que en su origen el acto de hablar no está muy lejos de lo mítico y de lo fabuloso. En cuanto a *palabra*, se trata de un vocablo que viene del latín *parabolare*, que significa hacer comparaciones o usar alegorías. Como ha observado Carmen Benito-Vessels, «decir que en español hablamos con palabras equivale etimológicamente a establecer comparaciones míticas»: algo así como si dijéramos que tratamos de dar cuenta de las cosas por medio de mitos y metáforas (*La palabra en el tiempo de las letras. Una historia heterodoxa*, México, FCE, 2007, p. 20).

ciencia más reciente están poniendo de manifiesto la importancia del factor emocional en el origen mismo de la racionalidad y de la conciencia, así como la ayuda que la intuición presta en muchas ocasiones al razonamiento por medio de la metáfora⁴. Y, a la inversa, la mayoría de los autores contemporáneos que tratan sobre estos aspectos de la mente y del comportamiento humano coinciden en que las emociones implican necesariamente un germen cognitivo (consistente en ciertos valores conceptualizados), es decir que para poder sentir determinadas emociones sería indispensable poseer ciertos conceptos axiológicos⁵. El tradicional menosprecio de la filosofía occidental hacia las emociones, consideradas durante largo tiempo casi únicamente como *pasiones*, esto es, como fuerzas ciegas e irracionales que nublan la razón y perturban el buen juicio, choca en este sentido con aquellas investigaciones recientes que tienden a rehabilitar las emociones y a reconocer en ellas una faceta cognitiva, en íntima relación con las normas sociales y las creencias colectivas⁶.

Además, algunos conceptos son mucho más que eso: constituyen a la vez verdaderos mitos, en la medida en que se refieren a realidades de algún modo trascendentales, extraordinarias, fuera del tiempo, que dan sentido a la acción y orientan decisivamente la conducta de quienes creen en ellos. Así, por seguir con nuestro primer ejemplo, no cabe duda de que, en las dramáticas circunstancias de la ocupación francesa, *patria*, *pueblo* y *nación* se convirtieron en palabras mágicas, vectores de movilización y bandera de integración e identificación para un amplio sector de españoles de la época, en abierta confrontación con otro grupo (minoritario) de compatriotas que por diversos motivos colaboraron con las autoridades napoleónicas⁷. Y algo parecido sucedería con esas mismas

⁴ Véanse, entre otros, los libros de Antonio R. Damasio, *El error de Descartes. La emoción, la razón y el cerebro humano*, Barcelona, Crítica, 1994; y *La sensación de lo que ocurre. Cuerpo y emoción en la construcción de la conciencia*, Madrid, Debate, 2001.

⁵ Aunque mayoritaria, esta posición no es compartida por todos los teóricos. Para una aproximación contraria, véase Christine Tappolet, «Les émotions et les concepts axiologiques», en *La couleur des pensées. Sentiments, émotions, intentions*, dir. P. Paperman y R. Ogien, París, EHESS, 1995, pp. 237-257.

⁶ Catherine Lutz, *Unnatural Emotions*, Chicago, University of Chicago Press, 1988, p. 54.

⁷ «La coincidencia o comunión en el mito», ha escrito Manuel García-Pelayo, «tiene la virtud de transformar una pluralidad de personas en una unidad social

u otras palabras clave similares cada vez que la vida política nacional se vio de nuevo sacudida por una crisis agónica.

El fenómeno, insistimos, se percibe con particular nitidez durante el periodo revolucionario abierto en el mundo hispano con la crisis dinástica de finales del siglo XVIII, agudizada tras la *vacatio regis* de 1808. Se produjo entonces una rápida y profunda transformación del universo conceptual y simbólico que legitimaba las instituciones y las prácticas políticas, originándose un puñado de metáforas y de conceptos fundamentales sobre los que se erigieron las nuevas instituciones liberales, tanto en la metrópoli como en las nacientes repúblicas de la antigua América española. Muchos de estos conceptos, metáforas y símbolos tenían hondas raíces en el pasado, pero la profunda mutación de sus significados en esos años cruciales y su integración en una emergente constelación político-semántica justifica que pueda considerárseles nuevos a casi todos los efectos. Viejas y nuevas metáforas como el imperioso torrente de la opinión, la irresistible luz de la razón, el edificio o la nave del Estado, el cuerpo de la nación, el equilibrio de los poderes, y muchas otras llenaron el lenguaje político en esas décadas decisivas de un repertorio de poderosas imágenes –varias de ellas presentes en casi todas las lenguas de Europa occidental– que aparecen entrelazadas con los incipientes conceptos de nación, libertad, independencia, soberanía, constitución, liberalismo, opinión pública, representación o clase media.

Y, por supuesto, los procesos de manipulación semántica fueron muy intensos en aquellos tiempos de agitación, cuando políticos, oradores y publicistas recurrieron sistemáticamente a diversas estrategias propagandísticas para lanzar y popularizar nuevos términos, metáforas, neologismos de sentido y esquemas interpretativos, así como para cargarlos de connotaciones afectivas. La puesta en circulación de tales clichés, susceptibles de ser imitados y adoptados con sorprendente rapidez por amplios sectores de la población, parece haber logrado infundir en determinadas ocasiones un dinamismo insospechado en ciertos sectores del vocabulario y, por ende, de la acción política.

En esa coyuntura de excepción se fue configurando un abigarrado tejido discursivo compuesto de conceptos y metáforas, sím-

latente o expresa, capaz de pervivir a lo largo del tiempo, sustentada total o básicamente en la identificación de cada miembro con el contenido mítico» (*Los mitos políticos*, Madrid, Alianza, 1981, p. 24).

bolos, imágenes y mitos en el que muy a menudo se entrelazan elementos en sí mismos heterogéneos. Empezando por la propia voz *revolución*, que puede ser vista alternativamente como metáfora, como mito y como concepto. Metáfora, ya que esta noción, como es sabido, procede de la astronomía, refiriéndose inicialmente a la rotación completa de un astro en su órbita. Mito de origen, pues pocas nociones despiertan y concitan desde el primer momento esperanzas tan desmesuradas de cambios radicales a partir de un relato mítico de comienzo absoluto, como la revolución. Y, por último, concepto, laboriosamente construido por una larga serie de autores, de Burke a Tocqueville, y de De Maistre a Marx, que se esforzaron por analizar y explicar el fenómeno revolucionario, y legaron sus valiosas reflexiones sobre un concepto discutido luego interminablemente por los historiadores y teóricos de la sociedad de los siglos XIX y XX.

Entre los innumerables ejemplos que podrían aquí traerse a colación referentes a la conciencia de la importancia de estos factores simbólicos y emocionales por parte de muchos actores políticos de la España del ochocientos, mencionaremos un temprano programa de adoctrinamiento y difusión de los mitos y símbolos del liberalismo entre la población, publicado en cierto periódico madrileño a comienzos del Trienio constitucional⁸. Planteado como un vasto proyecto de educación y propaganda cívica, en dicho artículo se enfatiza que el único resorte del gobierno representativo es la opinión pública. De ahí la importancia de «la publicidad, que es la vida de los pueblos libres».

Tras determinar «cuáles son los sentimientos que conviene inflamar y conservar en un pueblo recién salido de las cadenas de la esclavitud» –como «el odio irreconciliable a la (...) opresión; el amor a la libertad y a la independencia; la veneración a las leyes nuevas; la admiración entusiasta a los hombres que rompieron el yugo», etc.– el plan desgrana algunas «medidas ingeniosas» para fomentar «un patriotismo puro y desinteresado», así como para reforzar el culto a la Constitución de 1812. Entre otras medidas, el artículo sugiere distribuir gratuitamente ejemplares de la carta magna entre toda clase de ciudadanos, y presentar «continuamente [los artículos de la Constitución] a sus ojos en los sitios de sus reuniones, de sus trabajos y recreos». «El buril y el pincel», continúa,

⁸ »De la opinión, y de los medios de dirigirla», *El Constitucional. Crónica Científica, Literaria y Política*, Madrid, núm. 462, 13-VIII-1820.

«deberían multiplicar profusamente los retratos de Quiroga, de Riego, de Lacy y de Porlier, las escenas memorables de la Isla, los triunfos del patriotismo español, los emblemas más claros y expresivos de los sentimientos nobles y exaltados propios del hombre libre. Estas representaciones deberían adornar el palacio del poderoso, la cabaña del labrador, las escuelas, los teatros, todos los sitios públicos. Fiestas nacionales, premios, lecturas públicas, ceremonias triunfales, reuniones cívicas en que los ciudadanos oyesen la voz de los magistrados....». «[E]stos y otros infinitos arbitrios, más o menos variados y combinados entre sí», concluye el articulista, «son los que afianzan las instituciones nacientes, los que despiertan a los hombres del letargo en que el despotismo los ha tenido sumergidos, los que, identificándolos con la causa pública, hacen comunes los intereses, los deseos y las esperanzas.» Todo un programa, en suma, para «mudar enteramente las costumbres públicas, según las nuevas necesidades y las nuevas obligaciones que nos hemos creado».

Los conceptos políticos son inevitablemente retóricos y tienen historia⁹

El universo conceptual de la política moderna está lejos de ser un mundo platónico de definiciones ideales, estables y neutras. Bien al contrario, dicho universo está atravesado por toda clase de tensiones. Sometidas a constantes torsiones retóricas y a ritmos variables de cambio semántico, las nociones políticas son habitualmente objeto de polémicas encarnizadas, y algunas de ellas han servido de núcleo originario para diversos movimientos sociales y políticos. El lenguaje se revela así frecuentemente como un medio altamente eficaz para la acción política; incluso, cuando su posesión llega a identificarse con el poder mismo, como el bien más codiciado de dicha acción.

Además, puesto que los conceptos políticos suelen ser el resultado provisional de largos y complejos procesos históricos, y engloban casi siempre una pluralidad de experiencias, aspiraciones y significaciones en conflicto, resulta imposible reducirlos a defi-

⁹ Retomo aquí parcialmente algunas ideas expuestas con mayor detalle, junto con Juan Francisco Fuentes, en nuestra Introducción al *Diccionario político y social del siglo XX español*, Madrid, Alianza, 2008.

niciones unívocas. La voluntad de precisión y de permanencia de las definiciones está reñida con la fluidez y la borrosidad de los significados «empíricos», tal cual los encontramos puestos en argumento en una gran variedad de discursos, no pocas veces enfrentados (pues a menudo un concepto es un campo de batalla¹⁰). Esos sentidos circunstanciales y fluctuantes, articulados en una amplia red de significados difusos, socialmente construidos, dependen en muy alto grado de las situaciones pragmáticas de su enunciación y de las intenciones de los actores. Salta a la vista que, en tales usos políticos del vocabulario, la función referencial de los términos es relativamente secundaria: el afán evaluativo, formativo y movilizador desborda en la mayoría de los casos al simple interés descriptivo. Las palabras, en política, no se usan tanto para denotar o para señalar determinados objetos, cuanto para persuadir, defender, incitar, ordenar, apoyar, atacar, condenar, zaherir, prohibir, estigmatizar, y así sucesivamente. (Y, dicho sea de paso, parece obvio que detrás de tales usos hay emociones tales como el amor y el odio, la melancolía y la exaltación, la simpatía y la indignación, el miedo y la esperanza, la aversión y el aprecio, el orgullo y la vergüenza, la piedad y la cólera).

El imperio de la retórica se hace patente muy especialmente en el mundo euroamericano posterior a las revoluciones atlánticas, esto es, durante los siglos XIX y XX. No en vano, como observó Max Weber en su célebre conferencia *Politik als Beruf*, es entonces cuando la política se convierte en una actividad cada vez más volcada hacia el público, y en consecuencia, hace de la palabra hablada y escrita su verdadero eje¹¹. La pluralidad de fines del «buen gobierno» que compiten legítimamente en un Estado de derecho explica que todos y cada uno de los términos fundamentales de la política estén perpetuamente abiertos al debate, e irre-

¹⁰ Si, como afirma Melvin Richter, es cierto que «el significado de algunos conceptos deriva de la controversia, más que de cualquier consenso acerca de su significado», las interpretaciones divergentes, incluso antagónicas, de una misma noción constituyen precisamente el núcleo de su significado y de su significación política y social: es precisamente el hecho de estar sometidas a discusión lo que hace que algunas palabras se conviertan en nociones básicas, esto es, en pivotes insustituibles de los discursos («Conceptualizing the Contestable: 'Begriffsgeschichte' and Political Concepts», en *Die Interdisziplinarität der Begriffsgeschichte*, Gunter Scholtz, ed., Hamburgo, Mainer, 2000, pp. 135-144, p. 138).

¹¹ Max Weber, «La política como profesión» [1919], en *El político y el científico*, Madrid, Alianza, 1967, p. 114.

misiblemente posean una pluralidad de sentidos alternativos. Esta dimensión retórica es por tanto consustancial a la política, pues, como señaló Paul Ricœur, dado que «il n'y a pas de savoir absolu qui mette fin à la polémique concernant les fins dernières et donc le rapport du 'bon' gouvernement à la vie 'bonne', [...] le langage politique *est* rhétorique non par vice, mais par essence»¹². La imposibilidad de defender con argumentos *científicos* las diversas posiciones y fines políticos y éticos, notó por su parte Weber, hace que la batalla incesante entre unas y otras cosmovisiones y sistemas valorativos resulte inevitable¹³.

No obstante, y pese a su carácter contingente, polisémico y controvertido, los conceptos son importantes porque fijan los límites de lo pensable –y, por tanto, de lo decible y de lo factible– y constituyen herramientas imprescindibles para la acción humana intencional. Una historia política que no se interesase al menos por los grandes marcos de esa conceptualidad cambiante sería por consiguiente una historia insuficiente y fallida. Su mayor riesgo sería mezclar y confundir a cada paso, de manera acrítica y engañosa, las categorías del historiador con las de los actores. (Y conviene tener presente, al respecto, que los prejuicios y preconcepciones más poderosos son precisamente aquellos que pasan más desapercibidos para quien los vive, al identificarlos con el simple sentido común).

Frente a la vieja historia de las ideas y de las ideologías políticas, la historia conceptual tiene la ventaja de conectar más fácilmente con la historia política y social. Puesto que los conceptos se sitúan a mitad de camino entre las palabras y las cosas, y a lo largo de su recorrido histórico se van contaminando del barro de la política cotidiana, el «historiador conceptual» ha de esforzarse permanentemente por poner en relación, en el seno de las sucesivas constelaciones históricas, los cambios léxicos y los cambios sociales, cada uno con su propio ritmo de evolución¹⁴. Se trataría en

¹² Paul Ricœur, «Langage politique et rhétorique» (1990), en *Lectures 1. Au tour du politique*, París, Seuil, 1991, pp. 161-175, pp. 174-175.

¹³ Max Weber, «La ciencia como profesión» [1919], en *El político y el científico*, Madrid, Alianza, 1967, pp. 215-216. Sobre el problema irresoluble de la objetividad en política, véase el artículo de Antonio Rivera «Relativismo e historia de los conceptos políticos», *Dáimon* (Revista de Filosofía. Universidad de Murcia), núm. 24 (2001), pp. 93-110.

¹⁴ José Luis Villacañas y Faustino Oncina, «Introducción» a *Historia y hermenéutica*, de Reinhart Koselleck y Hans-Georg Gadamer, Barcelona, Paidós, 1997,

suma de recuperar un cúmulo de experiencias históricas a través de la impronta que los sucesos dejaron en el lenguaje, y a la inversa, de observar cómo las categorías usadas para conceptualizar el mundo no son en absoluto indiferentes de cara a la acción, pues es evidente que dicha conceptualización presupone ciertas pautas de comprensión y perfila los marcos de inteligibilidad dentro de los cuales se mueven los agentes.

Desde este punto de vista, las obras de historia conceptual pueden resultar especialmente útiles para ayudarnos a entender cómo los discursos interactúan con los contextos. Un propósito que nos obliga a examinar, por una parte, los mecanismos mediante los cuales las circunstancias y factores extralingüísticos «penetran» en cierto modo en los conceptos y se hacen presentes en su interior. Y a observar también, a la inversa, cómo quienes esgrimen proposiciones y discursos políticos pretenden muchas veces redescubrir a través de ellos un determinado estado de cosas con el propósito de alterarlo, esto es, de cambiar el contexto político e intelectual en que se inscriben.

Una segunda ventaja de esta aproximación histórica es su capacidad para poner de manifiesto que las ideologías no constituyen en realidad mundos categoriales tan coherentes y cerrados como suele creerse, sino que a menudo todas ellas comparten un entramado de convenciones lingüísticas y de conceptos en disputa sobre los cuales pivotan durante cierto tiempo los discursos públicos circulantes en una sociedad¹⁵. Esta infraestructura categorial común no consistiría tanto en un sistema de creencias compartidas, sino más bien en una agenda de problemas que concentran sobre sí la atención política y social.

pp. 9-53; Lucian Hölscher, «Los fundamentos teóricos de la historia de los conceptos (*Begriffsgeschichte*)», en *La 'nueva' historia cultural: influencia del postestructuralismo y auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, Editorial Complutense, 1996, pp. 69-82.

¹⁵ Elías Palti, «La historia de ideas latinoamericana y el malestar de nuestro tiempo», *Anuario IEHS*, núm. 18 (2003), pp. 223-250; véase también, del mismo autor, *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007. «Dominación y resistencia no son fuerzas inconmensurables que pugnan por imponer sus respectivas formas de legitimidad, sino que son componentes diferenciales de un mismo sistema de significación que se presuponen mutuamente. Y, por tanto, las mismas categorías que establecen las condiciones de posibilidad de la dominación son las que organizan y autorizan la resistencia a ella» (Miguel Ángel Cabrera, *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, Valencia, Cátedra, 2001, p. 170).

Por lo demás, los conceptos políticos del pasado son considerablemente más difusos de lo que el historiador del pensamiento comúnmente está dispuesto a admitir. Contra lo que en otro lugar he llamado la «mitología del diccionario», los autores que estudiamos no suelen poseer una idea precisa y permanente del contenido de cada término político que manejan en sus textos, sino que la mayor parte de las veces se valen de los términos de manera aproximativa y oportunista, como «fotografías borrosas»¹⁶.

La práctica de la historia conceptual, en fin, es un excelente ejercicio para aguzar nuestra mirada histórica y descubrir que muchos cultivadores de la historia política y de las ideas proyectan sistemáticamente sus propios conceptos analíticos sobre los agentes del pasado, confundiendo con excesiva frecuencia sus conceptos regulativos con las nociones vigentes en la época estudiada.

Pero, junto a los conceptos, nos gustaría ocuparnos a continuación de las metáforas, un campo de investigación que hasta el momento no ha atraído toda la atención que sin duda merece.

Las metáforas también tienen historia

Durante siglos el análisis de las metáforas ha estado casi exclusivamente circunscrito al ámbito de los estudios literarios, muy en especial a la poesía y a la retórica. La metáfora era entendida de manera fijista y ahistórica, únicamente como un tropo o figura de dicción. En las últimas décadas, sin embargo, un cierto número de teóricos y científicos sociales vienen mostrando un gran interés por el mundo de las metáforas. A partir de algunos trabajos bien conocidos de Hans Blumenberg, Paul Ricœur, Georges La-koff, Mark Johnson, Ray Jackendoff y otros filósofos y lingüistas, algunos estudiosos de las ciencias sociales empiezan a comprender que entre conceptos y metáforas no existen barreras tan infranqueables como suele suponerse, sino que nuestro sistema conceptual está construido en gran medida sobre bases metafóricas.

De hecho, el entramado conceptual de la política moderna está constituido en buena parte por un puñado de conceptos y de ficciones políticas de corte más o menos antropomórfico –*contrato*

¹⁶ Ludwig Wittgenstein, *Investigaciones filosóficas*, Barcelona, Crítica, 1988, § 71. Javier Fernández Sebastián, «Textos, conceptos y discursos políticos en perspectiva histórica», *Ayer*, núm. 53 (2004), pp. 131-151, pp. 143-148.

social, voluntad general, representación nacional, opinión pública...—construidos sobre uno de los últimos avatares de la inagotable metáfora del cuerpo político, que ha acompañado a los filósofos de la política desde hace más de dos milenios. Sobre tales cimientos intelectuales —metáforas conceptuales, conceptos metafóricos— empezaron a edificarse hace poco más de dos siglos las instituciones políticas que todavía siguen vigentes en nuestras sociedades. Y, por cierto, un elemental análisis histórico basta para poner de relieve que, lejos de constituir un repertorio universal e intemporal, la mayoría de las metáforas se usan en un determinado marco cultural, espacial y cronológico, y una misma metáfora de base puede sufrir cambios importantes, en función de diversas circunstancias¹⁷.

Si aceptamos, pues, la historicidad de las metáforas y su importante función cognitiva —dada su capacidad de moldear la percepción y orientar el conocimiento y la acción—, podemos preguntarnos por qué las metáforas, lejos de difuminarse o perder importancia con la modernidad, parecen haber cobrado un especial protagonismo en el discurso político de los dos o tres últimos siglos, particularmente en los momentos de crisis y cambio acelerado.

Para ensayar una posible respuesta a esta cuestión conviene hacer previamente algunas consideraciones sobre la naturaleza de esta figura del pensamiento y del lenguaje.

La metáfora, cuya raíz etimológica (del griego *metapherein*) no por casualidad remite al traslado, desplazamiento o desvío de algo, puede ser entendida como la aplicación, aparentemente ilógica o al menos sorprendente, de un concepto propio de cierto campo semántico a un campo distinto. Pudiera decirse, con Lakoff y Johnson, que una metáfora trata de explicar o comprender algo en términos de otra cosa. Quien inventa una metáfora se aleja de los caminos trillados, esto es, de las pautas aceptadas de inteligibilidad. En efecto, aquel que, ante la imposibilidad de dar cuenta de un cierto estado de cosas con las herramientas conceptuales disponibles, recurre a una metáfora, lo que está haciendo es dar un rodeo: intenta sortear esa dificultad cognitiva con la ayuda de un concepto traído de otra parte. Un concepto-andadera que generalmente procede de un terreno más conocido e inteligible para el

¹⁷ Véase, a modo de ejemplo, la evolución y uso de la metáfora textil en José Antonio Millán y Susana Narotzky, «Introducción» a George Lakoff y Mark Johnson, *Metáforas de la vida cotidiana*, Madrid, Cátedra, 1998, pp. 18-25.

hablante. Basada ordinariamente en una analogía, la metáfora sería así la principal estrategia que el hombre tiene para «colonizar semánticamente» lo desconocido, para intentar acceder a lo extraño y convertirlo en familiar¹⁸. Así, la sociedad o el Estado pueden ser vistos como un cuerpo, una nave, una casa, un organismo o una máquina (o incluso como una colmena, como un árbol o como una asociación contractual¹⁹). El gobernante, como padre, pastor, león, zorro, cabeza o timonel. La administración o el mercado pueden ser equiparados con el mecanismo de un reloj, o con un ingenio autorregulado. Las relaciones internacionales, el comercio o los poderes del Estado, con una balanza. La política, con una cualidad o disposición inscrita en la naturaleza humana o con una confrontación entre amigos y enemigos. En fin, la opinión pública puede ser vista como reina del mundo, como torrente impetuoso, como huracán o como yugo. La religión, la verdad, la razón o la ilustración como luz, y la superstición o la ignorancia, como oscuridad. El progreso como locomotora, la nación como familia, la patria como madre, etc. etc.

En cierto modo las grandes metáforas de base instauran una especie de subestructuras, contenedores o cimientos del pensamiento lógico sobre los que se van edificando y ordenando las no-

¹⁸ En un texto de 1946 escribe Ortega, gran especialista en la materia, que «la metáfora es un procedimiento intelectual por cuyo medio conseguimos aprehender lo que se halla más lejos de nuestra potencia conceptual. Con lo próximo y lo que mejor dominamos, podemos alcanzar contacto mental con lo remoto y más arisco» («José Ortega y Gasset, «Las dos grandes metáforas», en *Obras Completas*, Madrid, Alianza Editorial-Revista de Occidente, 12 vols. (1983-1987), II, p. 391). Como ha subrayado Blumenberg, hay muchas cosas que sólo pueden decirse metafóricamente (sobre la insuficiencia de los conceptos para el conocimiento del mundo véase, sobre todo, su «Aproximación a una teoría de la inconceptualidad», en *Naufragio con espectador. Paradigma de una metáfora de la existencia*, Madrid, Visor, 1995, pp. 97-117). También Dan Sperber ha sugerido que se recurre a los símbolos y a las metáforas para intentar hacer frente a problemas que los conceptos no alcanzan a resolver (*El simbolismo en general*, Barcelona, Anthropos, 1978).

¹⁹ Aunque en este terreno falte todavía mucho por hacer, la bibliografía en torno a algunas de estas metáforas empieza a ser relativamente abundante. Entre los autores españoles que más atención han prestado a este tema desde una perspectiva política mencionaremos algunos trabajos de José María González García (*Metáforas del poder*, Madrid, Alianza Editorial, 1998; *La diosa Fortuna. Metamorfosis de una metáfora política*, Madrid, Antonio Machado, 2006); Eduardo de Bustos Guadaño (*La metáfora. Ensayos transdisciplinarios*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2000), y Emmanuel Lizcano (*Metáforas que nos piensan (Sobre ciencia, democracia y otras poderosas ficciones)*, Madrid, Bajo Cero, 2006).

ciones más concretas (que serían así unidades menores de significación dispuestas en un campo o recipiente semántico mucho más amplio). Desde esta perspectiva, Hans Blumenberg ha interpretado las metáforas como «horizontes de sentido» históricamente cambiantes «dentro de los cuales los conceptos experimentan sus modificaciones»²⁰. Y, por tanto, esas metafóricas de fondo condicionan y establecen el campo y las reglas de juego en cuyo seno se delimitan las retículas conceptuales que a su vez ordenan y legitiman las prácticas y las instituciones²¹.

Se habrá notado que en nuestra presentación estamos haciendo uso constantemente de metáforas. Y es que a los científicos les es particularmente difícil renunciar a su empleo, ya sea como estrategia inventiva, cognitiva o retórica. De hecho en la historia y en las ciencias sociales se ha producido en los últimos años una rehabilitación de la metáfora como instrumento epistémico²². Así, Serge Gruzinski, a propósito de la necesidad de pensar de otra manera la mezcla y el mestizaje cultural, proponía a los estudiosos de la cultura y de la sociedad el paso de la metáfora del reloj a la metáfora de la nube; esto es de un mundo científico guiado por un ideal cartesiano de claridad y precisión, propio del positivismo, a una ciencia abierta a fenómenos en los que el caos, la contingencia y la incertidumbre parecen jugar un papel cada vez mayor²³. Y, dentro de ese nuevo paradigma de la nube, es evidente que las fronteras entre conceptos, metáforas, imágenes, símbolos y mitos resultan cada vez más porosas a los ojos de los especialistas.

²⁰ Franz Josef Wetz, *Hans Blumenberg. La modernidad y sus metáforas*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1996, p. 21. Hans Blumenberg, *Paradigmas para una metaforología*, Madrid, Trotta, 2003.

²¹ El planteamiento, como puede verse, es *grosso modo* compatible con la idea que sostuvo Karl Mannheim de que cada estilo de pensamiento político y social responde a una clave metafórica que secretamente lo estructura y le sirve de guía. Otros autores han hablado, en un sentido distinto, de «metáforas generativas» (Donald Schön y Jeanne Bamberger, *The figural/formal transactions: A parable of generative metaphor*, Cambridge, Ma., MIT, Division for Study and Research in Education, 1976). Un panorama sucinto de la moderna teoría de la metáfora en George Lakoff, «The Contemporary Theory of Metaphor», en Andrew Ortony, ed., *Metaphor and Thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993, 2ª edic., pp. 202-251.

²² Fernando Betancourt Martínez, *El retorno de la metáfora en la ciencia histórica contemporánea. Interacción, discurso historiográfico y matriz disciplinaria*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2007.

²³ Serge Gruzinski, *El pensamiento mestizo*, Barcelona, Paidós, 2007, p. 70.

Pues bien, una vez establecido que las metáforas constituyen algo así como el terreno nutricional sobre el que brotan los conceptos –considerados por varios autores como «metáforas fosilizadas»– y que con frecuencia se ofrecen como soluciones transitorias para «conceptualizar» de modo figurado lo que de otro modo sería inconceptualizable, estamos en mejores condiciones para intentar responder a la pregunta que nos hacíamos un poco más arriba. ¿Qué razón habría para que, en los momentos de grave crisis sociocultural, la metafórica política haya proliferado de manera tan llamativa?

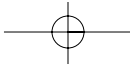
Si es cierto que la mayoría de los conceptos, aunque no carecen de una dimensión proyectiva, son sobre todo «ampollas» de experiencia acumulada, indicadores de estados de cosas, mientras que, por el contrario, las metáforas apuntan preferentemente hacia lo nuevo, hacia lo desconocido, hacia lo incomprensible, tratando de «encapsular» conceptualmente lo inefable, lo inasible, lo que no se puede aprehender en los términos conceptuales ordinarios. Si es cierto, en suma, que el concepto indica sobre todo lo que se sabe, y la metáfora lo que se quiere saber (y lo que se desea construir), entonces no puede extrañar que en los momentos de cambio y de grave incertidumbre política e intelectual se produzca una extraordinaria floración de la metafórica política. El desafío a la vieja conceptualidad que se abre con las revoluciones crearía el caldo de cultivo ideal para que los diversos agentes en presencia intenten moldear la realidad de acuerdo con las grandes metáforas rivales en las que cada grupo trata de anclar sus propios conceptos. Las metáforas básicas (*Grundmetaphern*) serían así factores fundamentales de cambio semántico, a la vez que guías y vectores de cambios en los estados de cosas. El triunfo de una u otra *metáfora constituyente* (como las imágenes del reloj y del mecanismo autorregulado, que Otto Mayr estudió en un libro interesante, aunque un poco simplista, como epítomes del absolutismo y del liberalismo, respectivamente²⁴) supondría la prevalencia de un esquema político general que informaría todos los conceptos del sistema. Y, en este sentido, el análisis histórico del cambio de la metafórica del reloj a la metafórica de la balanza en las revoluciones hispánicas, por ejemplo, resultaría de gran ayuda para comprender la transición entre dos maneras de entender el Estado, la sociedad y la vida política.

²⁴ Otto Mayr, *Authority, Liberty and Automatic Machinery in Early Modern Europe*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1986.

Concebidas así como palancas del cambio político y de la innovación conceptual, las metáforas serían ayudas intelectuales insustituibles en tales momentos de transición. Al adentrarse en un mundo desconocido, en el que faltan puntos de referencia, el hombre se revelaría en tales momentos de tránsito e incertidumbre indefectiblemente como un «animal metafórico». Ante la penuria de conceptos propiamente políticos, se vería obligado a recurrir a todas las formas de pre-conceptualización tentativa a su alcance, pidiendo prestados instrumentos de comprensión procedentes ya sea del mundo de la vida (cuerpo, familia, naturaleza, etc.), ya de otras áreas del saber (física, medicina, astronomía, etc.). Y, en efecto, el tiempo de las revoluciones atlánticas, en que se pusieron los cimientos de las instituciones políticas de la modernidad, no sólo se corresponde con un discurso político tejido en buena parte a base de metáforas (y, lo que es más importante, encauzado por unas pocas grandes metáforas), sino que parece haberse caracterizado por una competencia muy reñida entre varios paradigmas metafóricos en concurrencia. Además, muchos conceptos políticos incipientes que llegarían a consolidarse con los años tuvieron en ese momento un origen claramente metafórico, lo que provocó que los autores reaccionarios acusaran reiteradamente a los revolucionarios de haber forjado una cadena de nociones absurdas, contradictorias, que retorcían los conceptos ordinarios e invertían sistemáticamente la manera de ver las cosas hasta entonces imperante²⁵.

En esa gigantesca operación de transvaluación y metódico *quid pro quo*, liberales y tradicionalistas se batieron tanto en el plano político-práctico como en el político-conceptual y metafórico. Y en este último terreno, no cabe duda de que, a la larga, la metafórica individualista-liberal del contrato, de la balanza, del mecanismo autorregulado o del tren del progreso terminaría por imponerse a la mucho menos sofisticada metafórica naturalista y

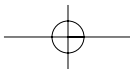
²⁵ Entre esos conceptos-bisagra o centauros conceptuales, que sonaban en los oídos de muchas gentes de la época –no necesariamente conservadores– como una auténtica subversión del lenguaje, se cuentan no pocos sintagmas dobles en los que el adjetivo parece negar lo afirmado por el sustantivo al que acompañan: *soberanía popular, representación nacional, contrato social, opinión pública, voluntad general, economía política, democracia representativa*, etc. También la expresión «revolución liberal» sonaba a comienzos del siglo XIX como un oxímoron o *contradictio in terminis*, al igual que sucedía con expresiones hoy tan corrientes como «ciencia política» o «historia contemporánea».



patriarcal del árbol y de la familia, propia de los conservadores y tradicionalistas.

Creemos que en el tiempo de las revoluciones pueden distinguirse con bastante nitidez dos series de conceptos encadenados o redes semánticas. Dentro de cada serie unos conceptos remiten a otros constantemente en muchos discursos, hasta el punto de que comenzando por cualquiera de ellos puede acabarse con facilidad, siguiendo las vías más habituales de la argumentación (que generalmente responden a sencillas reglas compositivas de equivalencia o sinonimia relativa, refuerzo, complementariedad, oposición, etc.), en otro cualquiera de los pertenecientes a la serie. La primera serie, eminentemente política, incluye como mínimo los siguientes ítems conceptuales: *ciudadanía, pueblo, república, Estado, patria, nación, sociedad civil, opinión pública, representación, soberanía y constitución*. La segunda, sustancialmente histórica, incluye los siguientes conceptos: *historia, crisis, civilización, progreso, moderno/modernidad, reforma y revolución*. La primera serie tiene un contenido básicamente espacial: se refiere a la distribución del poder y de los derechos entre la población de un determinado ámbito territorial. La segunda serie tiene un contenido básicamente temporal: se refiere al hipotético avance global, de acuerdo con las filosofías de la historia que empiezan a difundirse a finales del siglo XVIII, de esas mismas gentes hacia un futuro de mayor libertad e igualdad.

Ambas series, lejos de funcionar independientemente una de otra, están íntimamente relacionadas. No en vano, durante las revoluciones, la política se temporaliza internamente, y la historia se politiza. La temporalización consiste en la inserción de los conceptos políticos en un gran relato teleológico basado en una teoría ilustrada del perfeccionamiento humano: los conceptos y valores que defendían los partidarios de las reformas irían desplegando sus virtualidades y expectativas a lo largo de un proceso histórico de emancipación y liberación progresiva. La politización consiste en la identificación de ese supuesto sentido del tiempo –tanto de su propia época como del mundo venidero– con el liberalismo (o, más adelante, con la democracia, el socialismo, etc.). Al hacerlo así, los intelectuales que servían a la causa de la revolución estaban dando una dirección a los tiempos y convirtiendo al liberalismo (o al republicanismo, o al socialismo, etc.) en un concepto-guía de la modernidad. Mientras que los adeptos al liberalismo, autocalificados «progresistas», se movían en la di-



rección correcta –hacia el futuro–, quienes se les oponían eran unos retrógrados que pretendían hacer retroceder a la sociedad hacia épocas pasadas.

Desde el punto de vista de su metafórica de base, ambas series o cadenas de conceptos fueron usualmente entendidas, reforzadas y difundidas mediante metáforas espaciales (pues, incluso por lo que al factor temporal respecta, la única manera de representarlo es mediante el recurso a imágenes espaciales), pero, en tanto que, al utilizar la primera serie de conceptos, la serie política, autores y hablantes normalmente recurren a metáforas verticales, como corresponde a relaciones que implican una cierta jerarquía, la segunda serie, la histórica, suele materializarse en una metáfora horizontal, que remite a la linealidad del tiempo, avanzando siempre hacia un futuro mejor²⁶. Pero, insistimos, ambos conjuntos de metáforas y conceptos suelen cruzarse por medio de representaciones doblemente bipolares que combinan de mil modos la verticalidad política (arriba-abajo, superior-inferior, soberano-súbdito) con la horizontalidad histórica (adelante-atrás, avance-retroceso, vanguardia-retaguardia).

Consideraciones finales

A veces se ha sugerido que metáforas y conceptos se corresponden con dos planos o estrategias argumentativas muy diferentes del discurso político. Mientras que en el plano analítico-racional, el de los conceptos, primaría sobre todo la coherencia lógica y la argumentación paso a paso, en el plano metafórico y mítico lo que cuenta es la potencia sugestiva y sintética, esto es, la posibilidad de ofrecer una buena visión de conjunto (*insight*). Mientras el valor de esta segunda forma de argumentación reside sobre todo en su capacidad para proporcionar de un solo golpe un marco general de comprensión de carácter intuitivo, la primera serviría preferentemente para el análisis de los detalles y características concretas.

Así, por ejemplo, la manida metáfora de la nación o del Estado como una persona permite «percibir» –o más bien imaginar–

²⁶ Paul Bacot y Syvianne Rémi-Giraud, coord., «Les métaphores spatiales en politique», *Mots. Les langages du politique*, núm. 68 (2002), pp. 3-105.

inmediatamente la «esencia» o esquema general de la cosa²⁷. A partir de esa matriz metafórica, entendida como un gran marco de comprensión, se pueden desglosar los detalles, los diferentes atributos del Estado o de la nación, que vendrían dados por los conceptos que se le atribuyen (soberanía como voluntad nacional; carácter nacional como el espíritu correspondiente a ese cuerpo; gobierno como cabeza; red de comunicaciones y transportes como nervios y sistema circulatorio, respectivamente, etc.).

A mi juicio, sin embargo, la distinción entre ambos planos no es siempre tan clara como parece a primera vista y aunque el esquema puede servir, en líneas generales, como instrumento heurístico, no es infrecuente que en muchos discursos ambas aproximaciones se combinen de manera tan inextricable que en la práctica resulte imposible separar lo conceptual y lo metafórico.

En todo caso, nuestra contribución a este coloquio apunta a la conveniencia de explorar la posibilidad de una mayor integración de la historia de los conceptos y de las metáforas para conformar así una verdadera *semántica histórica de la política*. A mi modo de ver, el desarrollo progresivo de esta nueva disciplina nos ayudaría a mejorar considerablemente nuestra comprensión de las sociedades contemporáneas²⁸.

En definitiva, la propuesta que aquí hemos tratado sucintamente de esbozar vendría a salir al paso de varios reduccionismos.

²⁷ José Portolés, «Pervivencia de una metáfora decimonónica: una nación es una persona», *Archipiélago*, núm. 26-27 (1996), pp. 164-169.

²⁸ Hay que reconocer, sin embargo, la enorme dificultad de construir un objeto de estudio y un saber sistemático que integre de manera satisfactoria todos estos factores (dificultad que algunos académicos han tratado de superar recurriendo al concepto «atrapalotodo» de cultura política). A finales de la década de 1960, la simple perspectiva de integrar las metáforas políticas en su gran lexicón de conceptos fundamentales en lengua alemana se presentaba tan difícil, que R. Koselleck renunció expresamente a recoger la metaforicidad política y social en el *GG (Geschichtliche Grundbegriffe: historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, dirigido por Otto Brunner, Werner Conze y Reinhart Koselleck, Stuttgart, Klett-Cotta, 1972-1997, 9 vols.). A falta de un repertorio sistemático de metáforas de ese tipo, contamos ahora con un diccionario en el que se recoge cierto número de metáforas filosóficas (varias de ellas con importantes implicaciones políticas y sociales): Ralf Konersmann, ed., *Wörterbuch der philosophischen Metaphern*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2007. Sobre la posibilidad de combinar la historia de los discursos, metáforas y conceptos puede consultarse el volumen colectivo *Begriffesgeschichte, Diskursgeschichte, Metapherngeschichte*, Hans Erich Bödeker, ed., Göttingen, Wallstein Verlag, 2002.

HISTORIA CULTURAL DE LA POLÍTICA CONTEMPORÁNEA

Contra el reduccionismo de algunos especialistas en historia política, que sólo se ocupan de los «hechos» y de la evolución de las instituciones, dejando sistemáticamente fuera de foco los elementos intelectuales de la política. Contra el reduccionismo de algunos especialistas en historia del pensamiento político, ya sea en su versión de historia de las ideologías o de las teorías políticas, que con frecuencia no sólo se desentienden de la política práctica del tiempo de los autores estudiados, sino que dejan de lado los aspectos no estrictamente intelectuales o lógico-rationales (como por ejemplo los mitos o los aspectos emocionales). Finalmente, contra el reduccionismo historiográfico que resulta de la aplicación irreflexiva por el historiador de instrumentos de análisis por completo ajenos a la percepción que los agentes tenían del mundo en general, y de la vida política de aquel tiempo en particular.

Precisamente este último punto me parece del mayor interés. Uno de los efectos colaterales más interesantes de la aproximación histórico-semántica que sostenemos es que nos ayuda –yo diría incluso que *nos obliga*– a reflexionar sobre nuestro utillaje categorial como profesionales de la historia. El análisis de una conceptualidad y de una metaforicidad extraña hace que el propio historiador se historicice, esto es que tome conciencia del carácter contingente y problemático de sus instrumentos de análisis. En efecto, estamos convencidos de que una de las tareas inaplazables de la historiografía es reflexionar sobre los marcos epistemológicos –incluyendo las grandes categorías clasificatorias– que han venido ordenando las tareas del historiador, el sociólogo o el politólogo. Conviene que el observador descienda de su pedestal y pueda observarse a sí mismo, abriéndose a la indagación crítica acerca de las condiciones del surgimiento y evolución de sus propios protocolos y lentes de observación. Y en esa tarea de autodistanciamiento o *giro reflexivo* de nuestra disciplina estoy convencido de que la semántica histórica puede ser de gran ayuda para todos los historiadores.